

Irremediables

Prólogo

Es curiosa la manía del ser humano de creer que cada amanecer le otorga un principio nuevo, como si en verdad fuese posible estrenar la vida a cada rayo de sol. Vivimos sumidos en la superstición de que el pasado se puede remediar, aunque sea con la sombra de un arrepentimiento o el barniz de una memoria selectiva. Y, sin embargo, basta descender unos peldaños a los secretos del alma allá donde el tiempo se vuelve más denso y nos muestra sus cicatrices para comprender que hay gestos, palabras y silencios que nunca podrán revocarse. Esos gestos insisten en su existencia como una luz negra, irradiando desde la herida profunda del recuerdo. A ellos llamamos, con la franqueza de una sentencia irónica, Irremediables.

El lector que se aventurará en estas páginas debe prepararse para una travesía sin promesa de regreso. No porque estos relatos sean un laberinto sin salida aunque alguno de ellos podría parecerlo, sino porque en cada línea se respira ese aliento fatal que corroee las certezas. Acá no hay héroes con armaduras relucientes ni villanos reducidos a una sola dimensión hay hombres y mujeres trenzados por la historia, a veces dispuestos a morir sin comprender del todo el porqué, otras veces condenados a sobrevivir cuando preferirían caer con honor. Cada uno de estos personajes, reales o imaginarios, habla desde un vértice que ninguna victoria ni ningún dios supo sellar.

Podría pensarse que este libro se enorgullece de la derrota, o que hace una apología de la tragedia. Nada más falaz. Irremediables no celebra la ruina la exhibe como un claro en el que se refleja el hombre cuando se agota el espejismo de su poder. Es el hombre ante la hoguera que lo devora, o ante el campo de batalla que lo sepulta, o ante la idea que lo trasciende. En ese filo donde el azar y la necesidad se confunden, se forja la materia de estos relatos. Y a pesar de la sangre, del resentimiento y de las lágrimas, a veces hallamos un fulgor de belleza en lo absurdo de la pérdida, como si la razón suprema del sacrificio residiera en su propia imposibilidad.

Pero ¿por qué llamarlos microrrelatos? Tal vez porque cada uno de ellos es un instante que fulgura con la intensidad de un relámpago. El lector no se detiene ante una epopeya

exhaustiva de causas y consecuencias, ni se pierde en la minucia de lo anecdótico. Asiste, en cambio, a la fricción última de un universo entero un soldado que exhala sus pensamientos entre el estrépito de los tambores, un viajero que decide no huir de las llamas, un monje que se descubre impotente ante la marea de la peste, una mujer que se abraza al poste donde arde su destino. Son escenas que contienen en sí la semilla de lo infinito, como si en el instante supremo se condensara toda la historia del hombre, y con ella, su inexplicable sed de sentido.

La palabra irremediable hace temblar, justamente, porque nos coloca frente a la noción de un umbral que ya no admite retorno. Ningún tribunal puede anular esas muertes, ningún decreto imperial puede revocar esos silencios, ninguna plegaria por profunda que sea puede desatar lo que fue atado por la mirada inexorable del tiempo. No se trata de un pesimismo banal es la revelación de una verdad elemental. Toda vida, incluso la más larga, tiene sus puntos de no retorno la diferencia está en cómo los habitamos. Y esta obra es una peregrinación a esos lugares donde la voluntad choca contra lo absoluto la guerra, la hoguera, la peste, el silencio, la traición, el perdón.

Así, quien tome este libro entre sus manos sabrá que no encontrará en él las respuestas dulces de la esperanza, sino la contemplación de lo que se ha desgarrado sin remedio, de lo que arde sin posibilidad de rescate. Y, sin embargo, en ese gesto que solemos tildar de siniestro o absurdo, asoma una extraña dignidad la del hombre que se aferra a su propia humanidad aun en la víspera de la aniquilación. Porque, si todo está perdido, ¿qué nos queda sino la belleza? Esa belleza que nace del enfrentamiento final con la nada, esa belleza que nos susurra quizá con el último aliento que incluso ante la imposibilidad, la voluntad de permanecer un instante más puede tornarse sagrada.

Acá inicia, pues, un viaje que no es cronológico, sino simbólico, donde las hogueras de la historia se mezclan con las hogueras del alma. Cada relato abre una grieta que el lector debe atravesar con valentía. Si algo exige esta lectura, es la aceptación de que nosotros, como ellos los que se fueron, los que callaron, los que resistieron o los que se rindieron, somos también seres irremediables. Y sólo en esa aceptación podrá nacer una comprensión, la misma que palpita en la penumbra de estos textos no existe redención sin ruina previa, no existe gesto sublime que no brote de una herida. Cada herida, a su modo, es un mandato de eternidad, un eco que insiste en recordarnos lo frágiles y a la vez lo magníficos que somos.

Conviene al lector, antes de adentrarse en estas páginas, adoptar una suerte de prudente perplejidad. No en la orilla de una cobardía intelectual, sino en la estatura del asombro, como quien se asoma a un pozo y no ve su fondo sino un reflejo cambiante el propio rostro disuelto en lo oscuro. Sólo así podrá leer estos microrrelatos sin pretender adjudicarles una moraleja inequívoca o un consuelo didáctico, pues sería traicionar su esencia la de ser fragmentos de un tabernáculo trágico, dispersos y a la vez unificados por la llama de lo irrevocable.

Tal vez al abrir este libro nos creamos invitados a contemplar epopeyas de antaño, hazañas bélicas o testimonios de heroísmo. Y, en parte, no sería errado desfilan por acá soldados, monarcas, brujas, capitanes y peregrinos. Pero nada sería más lejos de la verdad que llamarlos héroes o villanos con la ligereza habitual de la historia oficial. En estas páginas, nadie es enteramente digno de estatua ni de anatema cada personaje encarna una compleja encrucijada donde la libertad roza el destino, donde la piedad se mezcla con la violencia, y donde a veces un gesto de ternura brilla precisamente porque no puede salvar a nadie. Esa contradicción esencial es el territorio fértil de lo irremediable no hay mayor tragedia que descubrir que, incluso en la hora más oscura, la compasión es posible pero no alcanza para anular la luz.

Ahora bien, no olvidemos que la palabra "historia" proviene de una noción de conocimiento, de indagación en lo vivido. Si esta obra fuera un compendio historiográfico, se vería obligado a registrar fechas, nombres, cifras, topografías. Pero este no es un manual de batallas ni un inventario de muertes es, más bien, una constelación de actos finales en los que la belleza aun torpe, aun manchada de sangre se hace presente como un dios antiguo que exige ofrendas. De la misma manera en que la mirada de un moribundo puede revelar más verdad que todos los discursos de un emperador, cada uno de estos relatos propone la teoría de que el instante extremo arroja luz no sólo sobre quien muere, sino también sobre quien observa.

Ante ello, el lector se verá tentado a juzgar "¿Quién de todos tuvo razón? ¿Cuál de estos seres asumió la dignidad de lo trágico con mayor pureza?" Esta pregunta, aunque seductora, nos aparta del verdadero hallazgo acá, la razón deja de ser un asunto de victoria o aplauso, y se vuelve un espejo fractal que refleja infinitas parcelas del alma humana. Esto explica por qué un oficial confederado que contempla la ruina de su bandera puede hermanarse, en las profundidades del destino, con un monje atrapado por la peste negra o con un samurái que cae bajo una lluvia de flechas. No es la circunstancia, sino la

conciencia del fin la que los vincula. Y esa conciencia los hermana con nosotros, que aún respiramos, pues ningún presente podrá borrar el horizonte insoslayable de la muerte y la imposibilidad de rehacer lo ya hecho.

El lector descubrirá, si avanza con el corazón despierto, que en el fondo de estos relatos yace un anhelo que ni las catástrofes logran sofocar la sed de ser, la obstinación de dejar un rastro, por frágil que sea. Tal vez esa sea la mayor ironía de lo irremediable no niega la posibilidad de un gesto último, bello y absurdo, que justifique una vida. Al contrario, la envuelve en un marco más nítido, como si, al no poder cambiar lo que pasó o lo que pasará, nos quedara la decisión de dar forma a esa irreversibilidad con un atisbo de grandeza.

Pongo en tus manos, lector, este libro laberinto con la misma mezcla de orgullo y expectativa con que un alquimista ofrece un matraz en el que se condensan sustancias desconocidas. Al leerlo, quizás sientas que cada relato, en su brevedad, actúa como un espejo o un puñal. Tal vez, al pasar la última página, intuyas que la palabra final no la pronunciaron esos soldados, magos o enamorados, sino que te corresponde a vos. Porque cada uno de nosotros, tarde o temprano, deberá enfrentar su propia hoguera, sea de llamas reales o de silencios implacables. Y sólo entonces sabremos si también somos, como ellos, irremediablemente humanos.

Con esta advertencia amable o quizá incierta, concluye el pórtico de la obra. Más allá de este umbral, las páginas se convierten en umbrías de historia y en cálices de sangre, en oratorios de voces que no pidieron permiso para decir su verdad. Su lectura es un convite y un desafío un convite a compartir el pan y la sal con espectros que no han dejado de hablarnos un desafío a comprender que, si algo resta por añadir, debemos escribirlo en la frágil tinta de nuestra propia existencia. Así ingresamos, hermano lector, a este santuario de lo sin retorno bienvenido a lo irremediable.

Irremediables

Breviario de lo irremediable

El Rojo Bajo La Niebla

La Batalla de Cadmen

Desde el diario de campo del capitán Reginald Thorne, fallecido el 14 de octubre de 1798.

Jamás he podido comprender por completo la razón por la cual un hombre decide morir por una bandera. La nuestra, bordada con el rojo arrogante del Imperio, ondeaba en el horizonte como un presagio ya no de victoria, sino de un destino cuidadosamente escrito por los dioses en el mármol del tiempo. Aquel amanecer, mientras los tambores marcaban el compás inmortal de The British Grenadiers, sentí que cada paso que daban mis botas sobre el suelo de Cadmen era una sílaba más en una oración que no buscaba salvación, sino belleza.

La niebla se extendía como una mano inmutable que intentara cubrarnos los ojos antes del sacrificio. Yo marchaba a la cabeza de mis hombres, mis rojos muchachos, con sus rostros endurecidos no por el odio, sino por la conciencia del absurdo. ¿No es acaso la guerra pensé una de las más refinadas formas del suicidio colectivo? Y sin embargo, marchábamos. Algunos, por gloria otros, por miseria la mayoría, por costumbre. Yo, lo confieso, marchaba por estética. Porque hay un tipo de hombre que sólo encuentra sentido en lo inútil cuando lo inútil se vuelve sublime.

El enemigo anónimo, desordenado, vestido de azul frágil y pólvora emergió como un mal sueño que no acaba de formarse. Los disparos fueron las primeras palabras de ese lenguaje que sólo los moribundos aprenden. Uno de mis sargentos, un escocés de nombre impronunciable, cayó con una sonrisa de resignación que me pareció más griega que británica. Yo disparé dos veces. Fallé ambas. Nunca fui buen tirador, pero siempre fui un amante del gesto.

El momento llegó como llega todo en la historia sin anunciarse, sin lógica, pero cargado de destino. Una bala seguramente de mosquete me atravesó el pulmón izquierdo. No sentí dolor, sólo una súbita nostalgia de lo que no había vivido. Me arrodillé, aún con el sable en la mano, mientras los acordes de The British Grenadiers se mezclaban con el silbido agudo de la muerte. Ahí, arrodillado entre el barro y la sangre, pensé que quizás toda mi vida había sido un ensayo para ese único gesto final.

Vi caer a mis soldados, uno a uno, como si fueran hojas en un otoño sin estaciones. El humo cubría ya el campo como una niebla sin redención. Me incliné hacia el suelo y besé la tierra de Cadmen, sabiendo que no era británica ni enemiga, sino simplemente tierra esa sustancia donde todo termina y comienza.

No hubo gloria. No hubo victoria. Sólo quedó esta página, escrita en el umbral de la nada, para quien aún crea que el alma puede sobrevivir a la carne, y que morir por un ideal aunque sea un himno, una bandera o un uniforme es, en ciertos casos, la forma más pura de la poesía.

Reginald Thorne

Capitán del 33º Regimiento de Infantería del Rey

Muerto en Cadmen, con la frente en alto y el corazón rendido a la belleza de lo trágico.

Hundirse en el gesto

El Último Saludo del Étoile d'Orient

Fragmento póstumo hallado en el bolsillo de la casaca del capitán Auguste Delaroche, hundido junto a su navío en la batalla de Trafalgar, 21 de octubre de 1805.

No es el mar quien se traga a los hombres, sino el tiempo. El océano no guarda rencor tan solo obedece el ritmo eterno de lo que fluye y se disuelve. Hoy, mientras los cañones rugen su feroz sinfonía y el cielo se abre como un párpado inflamado por la pólvora, yo,

Auguste Delaroche, capitán del Étoile d'Orient, me reconcilio con el destino que me ha sido reservado desde antes de mi nacimiento.

He conocido la arrogancia de los vientos y la diplomacia silenciosa de las velas. He hablado con las estrellas mientras navegábamos por rutas invisibles, y he sentido, más de una vez, que la vida no es más que un velero a punto de volcar, suspendido entre la tempestad y el abismo. Pero nunca jamás había escuchado el grito tan bello y terrible de la muerte vestida de olas.

Los ingleses atacan con la precisión de una maquinaria mítica, como si cada maniobra fuese el eco de una voluntad superior. Nosotros, los franceses, amamos más el gesto que el resultado, más la belleza de la resistencia que la aritmética de la victoria. Por eso elegí quedarme. Por eso elegí hundirme con mi nave, mi dama, mi única amante fiel en estos años de guerra y soledad.

El Étoile d'Orient arde, pero no suplica. Se hunde con la dignidad de los que prefieren la eternidad del fondo a la burla de la rendición. Un oficial me ofreció huir en una balsa improvisada. Lo miré con ternura, como se mira a quien aún no comprende que algunos hombres no pertenecen ya al mundo de los vivos, aunque respiren. “Un capitán no abandona su barco”, le dije. Pero en realidad quise decir un hombre no abandona su destino cuando este ha sido escrito mucho antes de ser consciente.

Me quito los guantes lentamente, como un sacerdote que se despoja de lo profano antes del sacrificio. Recojo mi espada, no para luchar, sino para hundirme con ella como testimonio de que fui algo más que un nombre. Mientras el agua comienza a reclamarme, pienso en Voltaire, en Pascal, en el vértigo de saber que incluso la razón se arrodilla ante la majestad de lo inevitable.

Este es mi final. No por honor, ni por bandera. Sino por estética. Porque si el universo va a tragarme, que lo haga en esta escena perfecta rodeado de fuego, madera, humo y la música de las hélices invisibles del destino.

Amo al mar, aunque me devore.

Amo a mi barco, aunque se hunda.

Amo a Francia, aunque olvide mi nombre.

Capitán Auguste Delaroche

En las aguas eternas de Trafalgar, donde lo bello y lo trágico sellan su pacto en el silencio final.

Mármol de sangre

Crónica apócrifa del caballero Theodoros Alékos, escrita en la caída de Constantinopla, 29 de mayo de 1453.

No hay gloria en lo último. Lo último es un vino agrio servido en copas de oro, una flor seca en medio de un campo devastado. Y sin embargo, es en lo último donde el alma humana se muestra sin máscaras, desnuda y tenue, como un niño ante la indiferencia del mundo.

La Reina de las Ciudades ha caído. Las cúpulas arden, las campanas han enmudecido, y los mosaicos que antes reflejaban el esplendor de Dios ahora gotean sangre odio, y dolor. Constantinopla, madre de mártires y emperadores, se desangra por cada una de sus puertas abiertas. Los otomanos han entrado como río de acero, y sólo queda este reducto, esta piedra final, este castillo olvidado por la lógica y por el tiempo. Aquí resistimos.

Somos siete. Siete hombres sin más fe que el recuerdo. Uno ha perdido un ojo, otro ha perdido el juicio. Yo he perdido toda esperanza, y sin embargo, permanezco. Tal vez porque morir aquí en la última muralla de Roma es lo más cerca que estaremos del mito. Y un caballero vive para acercarse al mito como el solitario se acerca al silencio con temor, reverencia y deseo.

He atado mi espada al alma, no por utilidad sino por poesía. Me he vestido con la armadura de mis ancestros, aunque su metal esté agrietado y su escudo ya no defiende, sino recuerde. No combato por el emperador, ni por el imperio muerto, sino por algo anterior a todo eso el gesto. Ese gesto eterno que define al hombre incluso cuando el universo se ha olvidado de él.

Desde las almenas puedo ver el mar. Está quieto, como si esperara también su final. Me gusta pensar que el Bósforo ha retenido la respiración, que el mundo por un segundo observa a este puñado de fantasmas que aún alzan la lanza. Pronto seremos historia, y luego leyenda, y luego nada.

Uno de los muchachos me pregunta si aún creemos en la victoria. Le respondo que no. Que ya no creemos en la victoria, pero sí en la belleza de resistir. Que en la caída puede habitar una música más alta que en la conquista. Que los muros se derrumban, sí, pero el gesto de quien no retrocede permanece como una luz enterrada bajo siglos de historia.

Ya los pasos enemigos resuenan cerca, como un tambor de otro mundo. Sonrío. El fin ha llegado. Pero no estoy solo llevo conmigo todos los siglos, todos los cantos, todos los mármoles rotos. Y si mi cuerpo ha de ser quebrado, que al menos sirva para cubrir un instante más la fisura por la que entra la muerte.

Theodoros Alékos

Caballero de Bizancio. Hijo de la luz antigua. Guardián de la muralla inútil. Mártir de la forma.

Arrepentimiento en confesiones

Carta anónima encontrada en un monasterio de Rouen, datada el 31 de mayo de 1431.

He vivido largos inviernos y he visto morir a reyes, pero nada ha quedado tan grabado en mi memoria como aquella mañana en la plaza de Rouen, cuando el fuego se alzó para devorar a una muchacha que hablaba con los ángeles.

No era una santa en el sentido que entienden los teólogos, ni una bruja como sus jueces repetían para dormirse sin culpa. Era algo más extraño una verdad caminando con pies desnudos. Su voz, mientras la ataban al poste, no era de odio. Aún hoy me despierta por las noches su voz quebrada, no por miedo, sino por amor.

No los culpes, dijo no saben lo que hacen, y aun si lo supieran, están heridos por siglos de calcificación sobre el pecho. Yo los perdono, como perdoné a los soldados que dudaron y a los hombres que callaron.

El verdugo evitaba mirarla a los ojos. El obispo bajaba la cabeza como quien presencia el derrumbe de su propia alma. Nadie gritó. No hubo insultos. Sólo silencio. Un silencio que parecía rezar, no por su alma, sino por las nuestras.

Cuando la llama subió por sus piernas, ella miró al cielo, pero no como quien espera ser salvado, sino como quien ya ha vuelto a casa. Vi que murmuraba algo. Me acerqué. Lo último que dijo fue “Mi voz volverá.” Y en ese instante entendí que no hablaba de un cuerpo, ni de una espada, ni siquiera de una causa, sino de algo que no puede ser destruido la inocencia que se marchita sin dejar de amar.

Yo era escriba del tribunal. Había transcrito su condena con la misma tinta con que ahora escribo esta confesión. Y he pasado treinta años tratando de entender cómo alguien puede perdonar a quienes lo convierten en ceniza. Hoy sé la respuesta porque sólo lo divino puede amar así.

Yo fui testigo de la quema de Juana. No hay día que no la vea encendida en el centro del mundo. Y en mis oraciones ya no pido salvación. Sólo pido que su voz esa que dijeron apagar nos alcance otra vez.

Firmado por nadie,

Porque quien fue cobarde no merece nombre.

El león del desierto

Carta desde la Ciudad Recobrada

A mi hermano en el espíritu, desde los muros de Jerusalén, en el año 583 de la Hégira.

Hermano mío,

Te escribo desde el corazón de la historia. Desde aquella ciudad donde Abraham alzó su cuchillo, donde Cristo fue crucificado, donde Muhammad ascendió a los cielos. Jerusalén Al-Quds, la Santa ha vuelto a nosotros. Pero no fue con espadas ni con sangre que recuperamos su alma, sino con el peso de siglos contenidos en un solo gesto. La tomamos sin matanza. Porque un lugar tan sagrado no puede ser purificado por la muerte.

Y sin embargo, no hallé júbilo en la victoria. Hallé gravedad, como quien sostiene en sus manos algo demasiado antiguo, demasiado frágil, demasiado vivo. Caminé por sus calles como un ladrón que ha robado una estrella. Porque, dime tú ¿quién puede poseer lo sagrado sin volverse indigno de ello?

Muchos esperaban que me regocijara, que celebrara con banquetes, que hiciera de la conquista un espectáculo. No pudieron ver lo que yo vi una ciudad fatigada de siglos, que susurra en las noches nombres que ya nadie recuerda. Sentí que no la conquistábamos, sino que ella nos aceptaba, con la resignación de una madre que ha visto demasiados hijos matarse en su nombre.

He dejado entrar a los cristianos para rezar. No por debilidad, sino por conciencia. ¿No es Dios más grande que nuestras disputas? ¿No es la fe un río que corre hacia una sola fuente, aunque nazca de distintos manantiales? No destruyas al enemigo cuando puedes recordarle que es tu hermano. Ese fue el consejo que me dio el Corán, no en palabras, sino en silencio.

Hermano, los cruzados lloraron al partir. Y yo también lloré. Porque en Jerusalén no gané una guerra. Perdí la necesidad de hacerla. He comprendido que todo imperio es un espejismo si no está fundado en compasión. Y que todo profeta es un poeta que ha comprendido el alma del otro antes que la suya.

Hoy rezo no por mi nombre, sino por la ciudad. Que su eternidad no vuelva a mancharse con el odio de los hombres. Que su suelo sea más fértil para el perdón que para la espada.

Es de noche. El viento acaricia la Cúpula como si fuese el rostro de una anciana sabia. Y yo, que alguna vez fui guerrero, sólo quiero aprender a escucharla.

Que la paz te alcance como la brisa al desierto.

Que tu espada duerma y tu alma despierte.

Salah ad-Din Yusuf ibn Ayyub

Desde Jerusalén, la ciudad que sigue siendo de todos.

El Peso de la Derrota

El Humo de Cartago

Desde las memorias fragmentadas de Gaius Lucilius Varro, legionario de Roma, testigo del último día de la ciudad fenicia.

Nadie nos advirtió que destruir una ciudad podía sentirse como borrar una parte de uno mismo. El Senado, en su severidad marmórea, había decretado el fin de Cartago con la frialdad con que los mitos antiguos escriben los eclipses. Vinimos a obedecer. A cerrar un ciclo. A borrar el recuerdo de una civilización. Pero nadie ni Escipión, ni los augures, ni el bronce de nuestras corazas nos preparó para el olor.

Aquel humo No era solo el de los templos ardiendo, ni el de las bibliotecas devoradas por llamas impías, ni siquiera el de los cuerpos. Era un humo que sabía a lengua, a infancia, a plegaria. Un humo que traía consigo una memoria que no nos pertenecía, pero que nos atravesaba como si fuéramos los verdaderos vencidos.

Yo, Gaius Lucilius Varro, legionario de la X Cohorte, arrojé la antorcha sin temor alguno. Mis brazos estaban endurecidos por veinte campañas, por los gritos de la Germania y la labor de Hispania. Y sin embargo, cuando la casa cayó, cuando una figura femenina surgió entre los escombros con un niño muerto entre los brazos no para implorar, sino para mirar,

sentí por primera vez que no éramos conquistadores, sino testigos del juicio de algo más antiguo que Roma.

La mujer no gritó. No maldijo. Solo nos contempló, como si ya hubiera leído este momento en los códigos del destino. Su silencio era un despojo. En él vi a mi madre, a mi hermana, vi mi propia muerte futura, no en batalla, sino en un rincón olvidado del Imperio, donde nadie recordaría quién fui ni qué hice, pero donde aún olería este mismo humo.

Se nos dijo que Cartago debía ser destruida para que Roma sobreviviera. Que no podía haber dos soles en el mismo cielo. Obedecimos. Y sin embargo, cuando vi al general Escipión contemplar la ciudad que se deshacía como un papiro en el agua, entendí que él también había sentido el vértigo. Murmuró algo en griego, una línea de Homero “Llegará el día en que perecerá Ilión sagrada”

Ese día llegó, y Cartago fue devorada. Pero también nosotros fuimos consumidos, en secreto. La Historia dirá que fuimos vencedores. Yo sé que no. Cartago ardió, sí, pero también dejó su rastro en nuestras almas, como una deuda no saldada. Como un recordatorio de que toda victoria deja un hueco en quien la ejecuta.

Hoy, viejo y exiliado en los márgenes del Tíber, cuando el sueño me elude y el cuerpo duele, aún siento en la garganta el sabor de aquel humo. No como castigo, sino como herencia.

Porque a veces lo aprendí demasiado tarde no se necesita perder una batalla para ser derrotado.

Curvatura del Katana

Confesión póstuma de Minamoto no Renshō, samurái del clan Takeda, caído en la batalla de Nagashino, año 1575.

He vivido para preservar la forma. No la forma de un gesto, ni la de una victoria, sino aquella más secreta la forma del alma cuando se curva con dignidad ante lo inevitable.

Muchos recordarán la Batalla de Nagashino como el día en que el acero antiguo se quebró frente a la pólvora. Doscientos años de honor aniquilados por una fila de arcabuceros bajo el estandarte de Oda Nobunaga. La Historia la contará como una estrategia brillante, una victoria de lo moderno sobre lo ritual. Pero yo estuve ahí. Yo vi el momento exacto en que el mundo se partió, y puedo decir que no fue una derrota militar fue un eclipse espiritual.

Mi nombre fue Minamoto no Renshō, segundo hijo de un señor menor del clan Takeda. Desde niño aprendí a montar, a trazar el kanji del respeto con el pincel tembloroso y a morir de pie antes que vivir en vergüenza. La palabra “bushidō” no era un ideal para nosotros, sino la gravedad misma con que caía cada amanecer. Creíamos que la muerte honorable era una forma de eternidad. No sabíamos aún que la eternidad también puede oxidarse.

Aquella mañana, mientras el rocío aún dormía sobre las hojas de bambú, marchamos con el fervor intacto en los ojos. Éramos la embestida misma de la tradición. Pero al llegar a la colina donde aguardaban los arcabuceros de Nobunaga, entendí que algo había cambiado. No había batalla en sus ojos, solo cálculo. No había arte en sus filas, solo espera. Y cuando el primer estampido abrió la carne del aire, el tiempo se quebró.

Vi a mis hermanos caer como ramas bajo una lluvia sin honor. Vi caballos desangrándose sobre el fango, ojos aún abiertos sin comprender por qué no se había permitido el duelo. El katana, esa extensión del alma, fue ahí reducido a un símbolo inofensivo, como una oración frente al trueno. Aun así, avancé.

No por furia. No por deber. Sino porque comprendí que lo único que podía salvarse no era la vida, ni el clan, ni la causa. Era la forma del acto final. Si iba a morir, que fuera con el corte limpio de quien muere siendo sí mismo, y no un objeto de estudio en la estrategia enemiga.

Recibí tres disparos antes de caer. Mientras la sangre se retiraba con el pudor de los ríos que saben que no volverán, contemplé mi katana, rota, hundida en el acontecimiento, y sentí algo que no fue dolor ni miedo. Fue un dolor, la comprensión súbita de que la belleza también puede ser derrotada. Que incluso lo más noble puede ser humillado por lo eficaz.

Pero también entendí y es por eso que dicto estas palabras a los que vendrán, que hay derrotas cuya forma es tan pura, tan silenciosamente digna, que terminan por redimir la caída. Que morir sin haber cedido a la fealdad es, quizás, el último triunfo que nos queda a los hombres en tiempos en que el alma ya no se cuenta entre las armas.

Morí bajo el canto irregular del arcabuz. Pero no morí del todo.

Porque la última curvatura del katana fue mi alma rehusándose a doblarse.

Nieve sobre Moscú

Entrada del diario de Étienne Malraux, granadero del ejército napoleónico, invierno de 1812.

La nieve cae como si intentara cubrir con piedad lo que la historia ya ha condenado. No cae con sentencia ni con urgencia, sino con la constancia de los siglos, como si supiera que, al final, no hay imperio que no se incline ante su manto blanco.

Yo, Étienne Malraux, hijo de un carpintero de Lyon y ahora cadáver en potencia en algún rincón sin nombre de Rusia, escribo esto sin saber si alguien lo leerá. No tengo ya patria. Napoleón ese titán del cálculo y de la forma ha marchado más allá de mi vista, llevándose consigo la promesa de gloria y dejando a cambio un silencio de muerte. Atrás quedan las picas rotas, los caballos rendidos, los cuerpos alineados por la escarcha como por un dios cartógrafo. Moscú arde, sí, pero no ilumina nada. Su fuego es el grito final de una ciudad que prefirió arder antes que someterse. Y nosotros, que vinimos a conquistarla, solo hemos aprendido a morir de frío.

La Historia hablará de cifras, de errores estratégicos, de la arrogancia imperial. Pero nada dirá del sonido que hace un soldado al romperse por dentro, del momento en que uno entiende que la gloria es un dios menor y que el hambre tiene más verdad que todos los discursos de la Revolución. Ya no marchamos nos arrastramos. Ya no obedecemos:

simplemente no sabemos hacia dónde ir. Hay días en que miro la blancura infinita del campo y me pregunto si no será el alma de Europa misma, perdida, ciega y enferma.

Recuerdo que al llegar a Moscú creímos, por un instante, que habíamos alcanzado el corazón del mundo. Las cúpulas doradas nos observaban como testigos antiguos, más sabios que todos nuestros cañones. Luego vinieron el vacío, las calles sin rostros, el frío que no mata, pero lentamente roba. Y cuando finalmente vimos el humo ese humo orgulloso, suicida, inmenso entendimos que habíamos ganado el plano de una ciudad que ya no existía. El enemigo no era Rusia. El enemigo era la distancia, la soledad, la distancia entre nuestros ideales y nuestra carne.

Hoy la nieve cubre mis botas rotas y mis pensamientos como si quisiera absolverme. A veces creo que no fuimos derrotados por los rusos, ni por los generales, ni siquiera por el invierno. Fuimos derrotados por algo más íntimo la certeza de que no sabíamos por qué estábamos ahí. Luchamos por una idea que ya no nos pertenecía, por un emperador que hablaba en cristal mientras moríamos en fango. Y sin embargo, no odio. Porque también eso aprendí aquí que el odio es un lujo de los que aún creen que hay una causa en juego.

Si me encuentran, sabrán que fui uno de los tantos que entraron en Moscú y salieron de sí mismos. No les pido memoria, ni tumbas, ni himnos. Solo que alguien diga algún día, en voz baja, entre libros o ruinas que hubo una marcha que no fue de victoria ni de retirada, sino de extravío. Que un ejército no se disolvió en la derrota, sino en el olvido de su propio rostro.

Y que yo, Étienne Malraux, aprendí a escribir con la nieve lo que nunca pude decir con la espada.

La Sangre de las Pirámides

Último canto del tlacochealcatl Itzcóatl, general del imperio mexica, día de la caída de Tenochtitlán, 13 de agosto de 1521.

Vi morir al Sol y no fue al anochecer.

Murió al mediodía, en plena flor de su incandescencia, cuando los dioses aún estaban despiertos y las pirámides no habían terminado de cantar su último himno. Murió bajo un cielo sin eclipses, pero lleno de gritos.

Murió en silencio, como mueren las cosas sagradas no con estruendo, sino con un estremecimiento invisible en el alma del mundo.

Yo me llamé Itzcóatl, piedra del pedernal, servidor de Huitzilopochtli y de la forma antigua del orden. Fui general, constructor de muerte ritual, portador de lanzas y palabras.

Hoy soy apenas un eco sin rostro en la memoria.

Porque nuestra ciudad Tenochtitlán, flor nacida sobre el lago cayó. No por falta de armas ni por errores tácticos, sino porque el tiempo decidió que ya no éramos su reflejo.

Los hombres blancos llegaron con voces que olían a hierro, con ojos que nunca miraban al cielo, con dioses que sangraban por dentro. Y nosotros, creyendo aún que los signos eran profecías, abrimos puertas que no sabíamos cerrar.

Fue Moctezuma quien dudó. Fue el pueblo quien resistió. Fuimos todos quienes, al final, comprendimos que luchar no es lo mismo que comprender por qué se lucha.

La ciudad caía, sí. Pero no de rendición. Caía por traición, hambre, la certeza de que nuestras plegarias no alcanzaban ya a los dioses.

Las pirámides sangraban por dentro, como si se supieran vencidas por algo más vasto que un ejército por la voluntad incomprensible del devenir.

No odié a los hombres que trajeron la caída.

Odié el instante en que entendí que todo cuanto amaba la lengua náhuatl tallada en jade, el pulso de los tambores, el humo de copal en los patios sagrados iba a convertirse en historia vencida.

No en ruina, sino en algo peor objeto de curiosidad futura.

Museo del alma.

Cuando la ciudad cayó, yo ya no combatía. Me senté a los pies del Templo Mayor con la lanza clavada en el suelo, como un anciano que espera al último dios.

Entonces supe lo que los sabios jamás dijeron que hay derrotas que no se gritan, que no se escriben, que no se cantan.

Derrotas tan profundas que ni el idioma las contiene.

Tenochtitlán fue vencida.

Pero yo no.

Porque mientras tenga palabras, el lago aún canta.

Porque mientras alguien recuerde que acá hubo un sol, su ceniza seguirá iluminando desde abajo.

Yo, Itzcóatl, piedra quebrada, declaro ante las ruinas la sangre de las pirámides no pide venganza. Solo memoria.

El Himno del Sur Rendido

Fragmento del cuaderno del coronel Elias Whitmore, Ejército Confederado, redactado el 10 de abril de 1865, un día después de la rendición en Appomattox.

Hay derrotas que se inscriben en el cuerpo como si fuesen cicatrices heredadas desde el nacimiento, y hay otras que se incrustan en la tierra, como si el suelo mismo decidiera recordar por nosotros lo que no queremos nombrar.

La de Appomattox fue ambas cosas.

Yo estuve ahí, cuando el sur se arrodilló sin arrodillarse, cuando entregamos nuestras espadas no como símbolo de sumisión, sino como gesto final de una historia que ya no nos pertenecía.

Me llamo Elias Whitmore, coronel del Ejército Confederado, hijo de plantadores, lector de Virgilio, enemigo de la esclavitud y sin embargo combatiente de su defensa, porque en el Sur nada es tan sencillo como parece, y las contradicciones no se eligen se heredan.

La mañana del 9 de abril era extrañamente diáfana, como si el cielo no quisiera ensuciarse con la tragedia. Lee y Grant hablaron dentro de la casa de McLean, con una solemnidad que no era diplomacia, sino exilio.

No hubo humillación. No hubo gloria. Solo la sensación de que todo lo vivido las marchas, las canciones, los cadáveres anónimos se disolvía en un silencio demasiado humano para ser militar.

Mientras nuestros hombres plegaban las banderas, comprendí que lo que caía no era solo un ejército, sino una forma de comprender el mundo.

Lo supimos en los detalles en la forma en que los caballos bajaban la cabeza, en la manera en que los músicos dejaban de tocar a la mitad de un compás, en el dolor suspendido sobre los rostros de los soldados, como un velo de tiempo congelado.

Nunca creí en la causa política de la Confederación, pero creí en los hombres que la sostenían. No por lo que decían, sino por cómo morían sin estruendo, sin venganza, como quien acepta que el fin ha llegado pero decide que no se llevará su dignidad consigo.

Eso fue el Sur para mí una contradicción armada de nostalgia, un himno compuesto con palabras bellas sobre actos imposibles.

Hoy, sentado al borde de un mundo que ya no existe, escribo esto como un acto de expiación.

No pido absolución. Pido que se entienda que no todos los que pierden combaten por odio, y no todos los que vencen comprenden lo que han ganado.

La Historia nos pondrá en vitrinas de errores, y tal vez lo merezcamos. Pero quien se atreva a escuchar el viento que cruza los campos de Virginia en abril, aún oirá algo una música rota, un tambor lento, una voz que no es de lamento, sino de despedida.

Yo, Elias Whitmore, rendí mi espada sin rendir mi alma.

Y si alguna vez se canta sobre este día, que no sea con alarde ni rencor.

Que sea con ese tono bajo con que se recuerda a los muertos.

Porque hay derrotas que enseñan más que cien victorias.

Y hay gestos como el de entregar el arma sabiendo que uno sigue siendo hombre que son más grandes que cualquier himno.

Epístolas con sabor a poco

Carta del Último Zar a su Hija antes de ser Ejecutado

Ekaterina, luz mía,

Cuando estas palabras alcancen tus ojos si alguna vez lo hacen no estaré ya entre los hombres. El sonido hueco del mundo habrá cerrado sus puertas para este cuerpo fatigado por los conflictos y despojado del cetro que alguna vez sostuvo no por voluntad sino por designio. No hay poder en el linaje, hija mía, sino carga, y he aquí el epílogo de mi reinado una celda de oscuridad, un pan sin levadura, y el sonar de las botas que anuncian la muerte.

No llores por mí. No llores siquiera por Rusia. Todo lo que amamos ha sido escrito con una prosa que se borra en cuanto se la pronuncia. La Historia esa diosa cruel que finge registrar la verdad ya ha comenzado a falsificarnos. Dirán que fui un tirano, un déspota, un espectro sin alma. Quizá lo fui. No lo niego. También fui padre, esposo, un niño una vez. He amado en secreto a los pobres a los que jamás vi de cerca, y he odiado, sin saberlo, al espejo que me devolvía el rostro del poder.

Hoy he comprendido algo que ningún emperador, que ningún hombre con ejército o corona, desea aceptar el alma vale más desnuda que vestida de símbolos. Y el amor que no se dice es el único que no se corrompe. Yo te he amado, hija. No como ama el mundo, sino como ama el condenado que ve en su descendencia la posibilidad de redención que él no alcanzará.

Guarda esta carta donde los siglos no puedan encontrarla. No como reliquia, sino como recordatorio. Porque vendrán tiempos y vendrán pronto en que las palabras que hoy pronuncio serán maldecidas o convertidas en panfleto. Pero vos, Ekaterina, vos sabrás que debajo del último zar había un hombre que hubiera dado su imperio por otro día a tu lado, para verte reír sin temor, libre de historia, libre de sangre, libre incluso de mí.

No pidas venganza. El odio engendra más odios y devora a sus padres como Saturno a sus hijos. Vive. Vive incluso si olvidan quién fuiste. No seas mártir de un nombre. Sé mujer. Sé tierra. Sé la llama que no necesita templo.

Me despido con la calma de quien ya no espera salvación. Y aún así, me atrevo a pedirte perdón no por mis errores sino por los errores que habitaron en mi ser sin que yo los viera.

Si existe Dios, sabrá juzgarme. Si no existe, que al menos esta carta sobreviva.

Tu padre,

Nikolái Aleksándrovich.

Testamento de un Inquisidor Moribundo

A quien herede mi silencio

No escribo por redención, pues esa palabra, tantas veces pronunciada en mis labios, me es ahora tan ajena como el idioma de los muertos. No escribo tampoco por justicia no hay balanza que pese una conciencia. Escribo porque siento que he sido el último guardián de un deber que jamás comprendí del todo, y porque antes de morir deseo confesar no mis pecados, sino mi ceguera.

He sido inquisidor. He pronunciado sentencias en nombre de una Verdad que nunca se me reveló. He hecho arder cuerpos como si en sus carnes se escondiera el error del universo. Pero nunca escuché a Dios. Nunca. Escuché al clero, al miedo, al poder disfrazado de

revelación. Vi el rostro de hombres que temblaban, no por su culpa, sino por la brutal imposibilidad de defenderse ante un tribunal que ya los había condenado antes de nacer.

¿Qué es la herejía sino la palabra que el poder no supo domesticar? ¿Qué es la fe sino la esperanza de que haya sentido en esta danza que nos arrastra hacia la fosa?

Hoy, tendido en esta cama donde los santos no se me aparecen y los demonios parecen más justos que mis antiguos compañeros, descubro que el infierno que tanto prediqué quizá no exista, pero si existiera, se parecería mucho al juicio sin duda, al castigo sin compasión, a la certeza sin poesía. He destruido libros que acaso contenían más luz que todos los concilios juntos. He callado bocas que tal vez cantaban al Absoluto con un timbre distinto. Fui un soldado de la fe, pero no un amante de la verdad.

¿Es esto una renuncia? No. Es un testamento. Lo que heredan no es culpa, sino lucidez. La historia de los hombres no es un desfile de héroes y pecadores, sino una catedral de errores necesarios, de símbolos arrastrados como cruces, de rituales sin alma repitiéndose hasta la náusea.

Guarda este escrito en algún lugar donde los fieles no lleguen, donde el incienso no lo embalsame ni lo convierta en reliquia. Llévalo abajo, al silencio, a la caverna donde aún no ha nacido ninguna fe. Que lo lea algún niño que aún no ha sido instruido en el temor.

Y si alguna vez resucita este cuerpo como algunos prometen no quiero subir al Cielo. Prefiero vagar por la tierra como un espectro que observa, finalmente libre de dogma, cómo los hombres se persiguen por nombres que nunca entenderán.

Firmo con el nombre que me dieron, pero muero con el que el mundo me negó

Fray Elías de Carcasona,

Siervo del error divino.

Carta de un Soldado Japonés Perdido tras la Guerra

Han pasado, si no me falla el recuerdo, más de tres mil lunas desde la última orden. Desde que el sargento gritó tenzoku y corrimos hacia la espesura creyendo que el deber era una armadura inmortal. Desde entonces, sólo he tenido como patria el musgo, como bandera el sol que filtra la selva, y como emperador el bullicio de una voz que ya no manda.

Mi nombre no importa. Ya no es nombre sino forma. Acaso fui Hiroshi, acaso fui simplemente el soldado número 208 de la División de Infantería Imperial. Hoy soy un resto. Un fragmento. El residuo de una guerra que ya no me reconoce.

Vivo aún como combatiente. No por necesidad, sino porque la paz que anunciaron nunca llegó a mi escondite. Porque cuando el enemigo lanzó panfletos diciendo que todo había terminado, supuse que era una trampa. ¿Cómo confiar en la palabra de quien antes envió fuego desde el cielo?

No he matado en años. Tampoco he rezado. Me alimento de raíces, pesco con paciencia taoísta, y converso con la niebla. Acá, donde no hay banderas, descubrí que la guerra más profunda no es entre naciones, sino entre el yo que obedece y el yo que comprende.

La disciplina me salvó del caos, pero también me robó la duda. Y ahora que he aprendido a dudar, me he vuelto más humano que nunca. No soy mártir ni héroe. Soy el resultado de una época que ya no se reconoce en mí. Sigo vistiendo este uniforme, no por fidelidad, sino porque se ha fundido con mi piel. Porque renunciar a él sería también renunciar a mi identidad, y entonces, ¿quién escribiría estas líneas?

He visto morir a todos mis compañeros. Algunos de hambre. Otros, de certezas. Yo he vivido porque aprendí a desobedecer en silencio. A cuestionar incluso el honor. A mirar la hoja de un cuchillo no como símbolo, sino como objeto.

Si alguna vez esta carta encuentra a alguien, que no sea leída como testimonio de locura, sino de lucidez demorada. En un mundo donde todos vuelven a casa, yo elegí quedarme. No porque la guerra lo exija, sino porque este exilio me permitió pensar.

Y eso, quizá, es la forma más extrema de victoria.

Firmado bajo el cielo sin fecha:

El que no volvió.

Última Carta de un Partisano a su Madre

Mamá

Cuando leas estas palabras si es que alguna vez logran salir de esta montaña cercada por la muerte yo ya no estaré entre los vivos. O tal vez sí, pero en otra forma, como humo entre los árboles, como voz en el viento, como idea que no supieron matar.

Te escribo no para despedirme, porque la despedida es un gesto que pertenece a los que parten con maletas. Yo me quedo acá, en el frío y en la historia, formando parte de esa dimensión que los libros llaman subversión y que los hombres, con el tiempo, llaman dignidad.

No te preocupes por mi cuerpo ha aprendido a no necesitar más que lo necesario. Come poco, duerme en fragmentos, sangra con economía. Lo que me inquieta no es el dolor físico, sino el silencio de los que miran sin ver, de los que viven sin preguntarse por qué. Mamá, vos me diste la vida, pero esta guerra me enseñó que vivir no es respirar, sino elegir cómo morir.

Acá todos tenemos miedo. No existe el héroe sin temores. Pero hemos decidido que nuestro miedo no será obediente. Nos persiguen como a ratas, nos llaman traidores, nos prometen la gloria del cementerio. Y sin embargo, seguimos. No porque creamos que vamos a vencer la historia no está escrita para nosotros sino porque no sabemos vivir de rodillas. Y eso basta.

Me preguntás, quizá, si todo esto vale la pena. Te responderé con la única certeza que tengo preferiría morir mil veces aquí, con un fusil húmedo en las manos y el alma intacta, antes que vivir cincuenta años en la mansedumbre de los obedientes. Hay algo en la resistencia que purifica, que redime al hombre de su condición animal, que lo vuelve, por fin, humano.

Si llorás por mí, que sea por el hijo que no pudo envejecer a tu lado, no por el combatiente. Ese ya está completo, como una piedra terminada por la lluvia. He visto morir amigos que eran mejores que yo. He escrito nombres en la tierra con los dedos, por no olvidarlos. Pero también he reído. Sí, incluso aquí, he reído. Porque en medio del horror, el alma todavía canta cuando se sabe justa.

No pongas mi foto en un altar. No me conviertas en mártir. Llévame en el silencio con que mirás la lluvia. En la ternura con que abrazás a los que quedan. En la mirada firme que se niega a bajar los ojos ante el tirano.

No hay tumba para quien lucha por todos. Yo seré tierra, viento, fuego, semilla.

Te ama,

Tu hijo, Enrico

Partisano, poeta y tu niño para siempre

Diario de un Alquimista Condenado

Entrada final del Liber Umbrae

En la víspera de mi ejecución, cuando la luna ya no es compañía sino testigo.

He sido tantas veces negado, quemado en efigie, expulsado de gremios, ridiculizado por doctos que nunca abrieron más libro que su vanidad y, sin embargo, he persistido. No por arrogancia esa peste de los ignorantes sino por fidelidad a un llamado que no es mío, sino del mundo mismo.

Se dice que el alquimista busca oro. Mienten. Esa es la caricatura que el vulgo fabrica cuando la verdad le resulta insoportable. Lo que yo busqué lo que todos los verdaderos hemos buscado fue la unidad perdida, el lenguaje anterior a Babel, la cifra exacta donde el alma y la materia se confunden en un mismo pulso.

He mezclado azufre con silencio, mercurio con plegarias, sal con lágrimas. He pasado noches enteras frente a crisoles que no revelaban más que mi impotencia. Y al amanecer, cuando todo parecía inútil, una gota de luz invisible para los sentidos pero abrasadora para el alma me narraba continúa. Esa voz era el Verbo no revelado. El fuego sin llama. El crepúsculo de lo real.

Hoy me llaman hereje. Me acusan de pactar con demonios que ni siquiera comprenden. No saben que mi demonio ha sido la lucidez. Que el abismo al que temen yo lo he habitado como quien habita una biblioteca olvidada. Que si he transgredido, ha sido porque el mundo está mal dibujado, y mi deber ha sido corregir sus líneas, aunque ello me costara la carne.

He descubierto a costa de mi cordura que la piedra filosofal no es objeto sino estado. No transforma metales, sino miradas. No produce oro, sino una luz que ya no necesita ser traducida. Y esa luz, una vez vista, condena. Porque el que la ha contemplado ya no puede volver al mundo como antes. Lleva en los ojos la nostalgia de lo eterno, y en los labios, el silencio de los que saben demasiado.

Esta noche seré ejecutado. El verdugo ignora que está por asesinar un eco, no un hombre. Que mi cuerpo es apenas un recipiente y que lo esencial ya se ha fundido con lo innombrable. Yo no muero me precipito. Como el plomo en su transmutación final.

Si alguien encuentra este diario, no lo crea del todo. Ni lo deseche. Léalo como quien escucha un mito que quizás fue cierto. Y si alguna vez, en algún rincón del mundo, alguien vuelve a intentar lo imposible no detener el tiempo, sino comprenderlo que sepa que no estuvo solo.

Mi nombre fue borrado de todos los registros. Me llamaron loco, impostor, blasfemo.

Mi verdadero nombre no puede pronunciarse con la lengua humana. Pero quien lea esto sabrá, en lo más secreto de su alma, que yo fui uno de los que vieron.

Fin del Manuscrito.

El instante y la Peste

Crónica de un Monje durante la Peste Negra

Anno Domini 1348, Abadía de Saint-Laurent, víspera del invierno

Heme aquí, el último de los que aún escriben.

Las campanas no suenan desde hace semanas. No porque hayamos perdido la fe, sino porque ya no queda quien las toque. El prior murió con los labios morados, invocando a San Roque con un hilo de voz que el viento desmembró sin piedad. De los treinta y siete hermanos que poblaban esta abadía, sólo quedamos dos. El otro Fray Benoît ya no habla. Se sienta frente a la imagen del Crucificado con la mirada vacía, como si esperara que el mármol descendiera de la cruz para confesarle el sinsentido del mundo.

La peste no llegó como castigo, sino como certeza. No bajó del cielo, sino del vientre de las ratas. El demonio no tenía cuernos, sino patas sucias y ojos que brillaban en la oscuridad. Al principio creímos que era una prueba. Luego, que era el fin. Ahora sabemos que es ambas cosas, y ninguna.

He enterrado tantos cuerpos que mis manos ya no huelen a pan ni a incienso, sino a tierra húmeda y carne profanada. Los sepultamos sin nombres, sin salmos, sin miradas. El alma, dicen, va a Dios. Pero, ¿qué ocurre cuando hasta el nombre se pierde? ¿Dónde va un cuerpo que ya no recuerda cómo se llamaba?

Los teólogos escriben desde sus torres sobre la cólera divina. Dicen que esta plaga purifica. Que el dolor nos vuelve dignos del paraíso. Yo los leo y callo. Porque sé con una claridad que duele que el dolor no ennoblece desnuda. Y lo que queda tras la desnudez no siempre es divino.

Vi morir a un niño con una sonrisa, y a un anciano maldiciendo a Cristo con sus últimas fuerzas. Vi a hombres que nunca creyeron en Dios pedirle perdón, y a devotos arrancarse la piel como penitencia. La fe, en estos días, no es un faro es una molestia.

Yo no escribo para los hombres. Ya no hay hombres. Escribo para ese silencio que nos sobrevive. Para el instante que viene después del último lamento. Para el tiempo donde estas letras si persisten sean leídas como los huesos de una civilización extraviada.

Este pergamino, si no muere conmigo, será mi confesión sin sacerdote, mi oración sin esperanza. He dejado de esperar la salvación. Pero no he dejado de mirar el cielo. Y a veces muy pocas creo entrever en su mudez una especie de misericordia no la del perdón, sino la del reinicio.

No firmo. No es por humildad. Es porque ya no soy un nombre.

Soy el epifanía del último canto en la abadía de Saint-Laurent.

Soy, apenas, el que aún escribe.

Canto Sumergido de un Esclavo en la Travesía del Atlántico

En el vientre del buque, sin tiempo ni geografía, bajo la línea del sol que ya no me nombra.

No hay noche acá. No hay día. Hay una luz sucia que se filtra por las rendijas de la madera, como si la misericordia hubiera sido racionada y ya no alcanzara para todos. Somos objetos sudorosos encadenados a otras sombras, respirando el aliento ajeno como único consuelo. A veces pienso que no nos trasladan, sino que nos están olvidando. Como quien esconde un pecado en la profundidad del mar.

Fui hombre. Fui hijo. Fui tierra. Ahora soy mercancía. Estoy numerado en un libro que no sé leer, soy peso en una lista, soy unidad de venta. Pero no soy silencio. El silencio sería aún un gesto humano. Yo soy menos soy el ruido de los grilletes al chocar, soy el gemido que no sabe si es dolor o canto.

Mis hermanos acá no hablan. Hablan con los ojos. Con las espaldas marcadas. Con los dedos que se crisan al soñar. Uno de ellos no sé su nombre, porque los nombres han sido arrancados como dientes llora dormido. Otro se ríe solo, y esa risa duele más que los latigazos. Hay en la risa del que ya no espera nada una sabiduría antigua, como si el alma se defendiera con locura.

Algunos mueren. Cuando mueren, no los entierran los arrojan al mar. Los he visto flotar unos segundos, boca arriba, como si quisieran mirar por última vez un cielo que ya no les pertenece. Luego se hunden. Pero yo sé yo lo sé que el mar los guarda. Que bajo la superficie hay un ejército de esclavos sin tumba que cantan en un idioma anterior al tiempo.

He dejado de creer en el Dios que me enseñaron con golpes. Pero no he dejado de creer en la memoria. Algún día tal vez siglos después de esta travesía maldita alguien sentirá un remordimiento en sus entrañas. Será mi voz. Será la voz de todos los que fuimos silenciados a latigazos. Porque el dolor no muere se transmuta en símbolo, en sombra, en historia mal contada. Y lo que no puede ser contado, quema en el lenguaje del alma.

No tengo firma. No tengo lengua propia. No tengo rostro.

Pero si esta carta invisible llega a alguien, que sepa esto

Yo fui hombre, incluso en el fondo del barco.

Yo fui libre, incluso encadenado.

Y mi canto aunque sumergido aún existe.

Testimonio de un Niño durante el Bombardeo de Hiroshima

Hiroshima, 6 de agosto de 1945. O quizá algún día después, donde ya no hay días.

No entiendo lo que ha pasado.

El cielo, que todas las mañanas era azul y lento, se volvió un ojo blanco que nos miró sin parpadear y luego explotó. Fue como si el sol hubiese bajado de golpe, sin permiso, y se hubiese abierto como una flor enferma. Yo tenía un pez de papel en la mano, lo recuerdo. Iba hacia la escuela. Escuché una campana, y después ya no hubo mundo.

Todo se volvió rojo sin llama, viento sin aire, grito sin boca.

Mi madre me enseñaba a contar, a saludar en reverencia, a no pisar las grietas del suelo. Pero ahora no queda suelo, ni cuentas, ni madre. Hay una lluvia negra que cae como si el cielo quisiera borrar su culpa. Hay gente que camina sin ojos. Hay niños que tienen los pies pegados al asfalto y no saben que ya están muertos.

Me busqué en un charco y no me reconocí. Tenía la cara de otro niño, uno que nunca había tenido miedo. Pero yo sí lo tengo. No del dolor uno se acostumbra al dolor como al frío, sino del silencio. De este silencio denso, pesado, que cubre las ruinas como una sábana mojada. Es el silencio de lo que no se puede explicar. El silencio que no se irá.

Dicen que una sola bomba hizo esto. Pero no lo creo. Ninguna bomba puede borrar tantas madres, tantos juegos, tantas comidas con arroz caliente. Yo creo que fue otra cosa. Algo más antiguo que los hombres. Un odio que venía viajando desde hacía siglos, escondido en las palabras, en los mapas, en las banderas. Y ese odio por fin encontró forma.

No sé escribir. Alguien me ayudó con esta carta. Me preguntó qué sentía, y yo le dije “siento que el tiempo se cayó”. Que todo lo que era antes el tatami, el té, las libélulas, el canto de los abuelos ya no está donde debería.

¿Dios? No sé si existe. Pero si existe, ese día cerró los ojos.

No quiero que me recuerden como víctima. Tampoco como símbolo. Solo quiero que, si un día alguien encuentra esto, sepa que hubo un niño que amaba su pez de papel. Que caminaba hacia la escuela creyendo en el futuro. Que tenía hambre de aprender, no de morir.

Yo no sé si sigo vivo. A veces sueño que lo estoy. Y en ese sueño, hay una Hiroshima donde el viento no lacera. Donde mi madre no está pegada a la pared.

Y en ese lugar aunque nadie más lo vea yo aún juego.

Monólogo de un Minero Atrapado Bajo Tierra

Día desconocido. Hora abolida. Bajo tierra, donde el tiempo se ahoga.

Acá, en el útero mineral del mundo, he dejado de ser nombre, padre, salario o ciudadano. Aquí soy apenas titere, espera, revela. No hay calendario posible donde las piedras se cierran sobre uno como planicies definitivas. El lenguaje se fragmenta. Las oraciones se vuelven mugidos del alma. La palabra “luz” es ya un recuerdo que dudo haber vivido.

Estoy solo. O no del todo. Hay otros cuerpos, sí, cuerpos que antes fueron compañeros y ahora son apenas secciones acompasadas, arrítmicas, súplicas sin dirección. Hablamos poco. Bajo tierra, el silencio no es ausencia es una entidad. Se mueve entre nosotros como una divinidad ciega, palpa nuestras nuca, lame nuestras dudas.

Las vigas aguantan. La tierra clama. Y sin embargo, seguimos vivos. Como si esta oscuridad nos estuviera digiriendo lentamente. Como si el mundo de arriba ese donde los relojes aún fingen sentido hubiera cerrado la puerta y arrojado la llave al centro del magma.

He pensado mucho en la superficie. En lo que hay allá arriba. El ruido, el cielo. Mis hijos si aún existen quizás juegan, quizás preguntan dónde está su padre. Nadie les dirá la verdad que su padre ahora es parte del subsuelo. Que su vida está secuestrada por toneladas de minerales indiferentes.

Acá abajo todo se despoja. El nombre se vuelve sonido sin referente. La fe se vuelve pregunta sin eco. La carne es sólo hambre. Pero el pensamiento ese maldito animal que no se deja enterrar sigue escarbando. Y en su excavación he encontrado una certeza lo humano no reside en la vida, sino en el modo en que uno enfrenta su extinción.

Cada piedra sobre mí es un epitafio no escrito. Cada gota que cae desde el techo rocoso es una clepsidra invertida. El abismo no grita. El abismo espera. Y nosotros, que alguna

vez creímos cavar para sobrevivir, ahora comprendemos que la tierra también cava hacia nosotros.

Si salgo de aquí si alguna vez la luz me redime con su tacto no pediré venganza. No buscaré culpas. Solo pediré el derecho a contemplar el cielo sin temor. A pronunciar la palabra “libertad” sin que me sangre el alma. A agradecer por el milagro de un sorbo de agua que no huela a óxido.

Y si no salgo, si este pozo se convierte en tumba, que al menos alguien diga que aquí hubo hombres. Que no eran héroes. Que no eran santos. Pero que supieron morir sin dejar de mirar hacia arriba.

Soy carbón, pero aún vivo.

Soy tierra, pero aún respiro.

Soy olvido, pero aún pienso.

Carta no enviada de un Enfermero de Guerra en Verdún

Algún lugar entre trincheras. Frente occidental. Invierno de 1916.

Madre,

No te asustes si esta carta llega con manchas. No es tinta. No es tierra. Es sangre. Sangre de muchos. A veces no sé si es mía. Acá se sangra con tal abundancia que el cuerpo olvida su pertenencia. Todo fluye, y nada permanece, salvo el hedor. Ese olor espeso, dulce y amargo a la vez, que es el único dios que no ha abandonado Verdún.

He visto morir a tantos hombres que ya no distingo la muerte del descanso. Algunos mueren en silencio, como si pidieran perdón por molestar. Otros gritan el nombre de sus madres y sí, lo gritan en todos los idiomas, como si la maternidad fuera el último idioma

universal antes del umbral. Yo sólo los sostengo, madre, como vos me sostenías cuando creía que un rasguño era el fin del mundo.

Acá no hay épica. Eso lo inventan los generales. Lo que hay es frío y una desesperación que se adhiere a la piel como el lodo a las botas. He curado piernas que ya no estaban. He vendado muñones como quien arropa una ausencia. He dado morfina a chicos que apenas sabían afeitarse. Algunos me miran con un rastro de fe creen que puedo salvarlos y eso, madre, es lo que más duele que aún crean en algo en medio del infierno.

La noche no llega. Se infiltra. Como un traidor. Y con ella vienen los ratones, las bombas, el insomnio. Hay oraciones talladas en las paredes de los búnkeres, como si Dios escuchara mejor cuando lo escribimos en concreto y no en voz. Pero yo sospecho que Dios, si alguna vez estuvo aquí, se fue hace meses. Tal vez desertó. Tal vez se atrincheró en el corazón de un moribundo y no pudo salir.

A veces pienso que no sobreviviremos. No lo digo con miedo. Lo digo con una especie de resignación lúcida, como quien comprende, finalmente, que el tiempo es un lujo de los vivos. Yo ya no cuento los días. Cuento los rostros. Cuento la luz que pierden. Cuento las veces que una mano me aprieta buscando un consuelo que no tengo.

Perdóname si ya no creo en la victoria.

Perdóname si esta carta suena a testamento.

Perdóname si no vuelvo.

Te abraza, en la noche sin fin,

El hijo que aprendió a morir cuidando.

Evangelios Malditos

El Evangelio de Judas

Escrito en la sexta vigilia, desde la cueva de los que ya no esperan.

No me llamen traidor.

No me nombren siquiera.

Mi nombre ha sido pronunciado con más odio que el de los asesinos, y sin embargo, fui el único que comprendió el gesto completo. Yo no traicioné al Mesías. Yo obedecí el designio que él mismo me pidió en secreto.

¿Queréis saber la verdad? Pues os la daré, aunque no la soportéis

Jesús no necesitaba mártires. Necesitaba escenario. No buscaba la paz, sino el final. Su reino no era de este mundo, pero su muerte sí. Y para que el drama se cumpliera, era necesario un antagonista. Alguien debía encarnar el papel del mal para que el bien pudiera crucificarse. Ese fui yo.

Me miró la última noche, en Getsemaní. Me tomó la mano. Me dijo

“Alguien debe cargar con la infamia, Judas. Alguien debe amar lo suficiente como para ser odiado por todos.”

No lloré. No supliqué. No rechacé. Comprendí. Porque el amor que no se atreve a descender a la sentencia no es amor, es doctrina. Y yo amé a ese hombre con la pasión que sólo conoce el que está dispuesto a sacrificarse sin altar.

Treinta monedas me dieron. Las acepté. No por codicia. Por símbolo. El mundo necesita contabilidad para creer en la maldad. El mundo teme lo gratuito. Quería que el gesto tuviera peso. Y ese peso me persiguió por siglos.

¿Creéis que no me arrepentí? Me arrepentí, sí, pero no del acto, sino de que la humanidad lo entendiera tan mal. Yo no vendí a Cristo lo ayudé a revelarse. Yo no lo entregué lo ofrecí. Y él me lo pidió.

He sido borrado de la historia, salvo como fábula de traición. Pero el verdadero traidor no fue quien lo señaló en el huerto, sino quien, sabiendo la verdad, la vistió de mentira para conservar su trono en la iglesia.

Pedro mintió. Pablo inventó. Tomás dudó. Y yo, que cumplí el designio, fui condenado.

Hoy escribo desde una cueva sin nombre. No espero redención. La redención es el premio de los obedientes. Yo fui más allá de la obediencia fui el único que entendió el silencio de Dios como un mandato.

Si alguna vez este evangelio llega a los hombres, que no lo lean como revelación. Que lo lean como testimonio.

Porque en cada justo hay un Judas no reconocido.

Y en cada traición, una forma superior de fidelidad.

Diario del Profeta Hereje del Desierto de Siria

Día 43 de ayuno. Arena y médula. Sin templo, sin discípulos, sin voz que me legitime.

He caminado descalzo sobre lagrimas secas de imperios. He hablado al viento cuando ya no quedaban hombres, y el viento más sabio que los escribas me respondió con una indiferencia que dolía como una despedida.

No vine a fundar religión alguna. Vine a demoler las jaulas en que los dioses fueron encerrados. Porque el verdadero Dios no cabe en un nombre, ni en un libro, ni en una piedra tallada. El verdadero Dios es ese sentir que antecede a toda certeza.

Desde niño escuché la voz en mi cráneo, no en mis oídos. Me decía que lo sagrado no está en lo alto, sino en lo hondo. Que el infierno no es fuego, sino fórmula. Que lo que se adora, si se nombra demasiado, se convierte en instrumento. Yo quise callar. Quise integrarme. Quise, incluso, mentirme para vivir como los otros. Pero la verdad es un estado que no da tregua. Y la enfermedad humana me empujó al desierto.

Me llaman hereje. ¡Qué palabra más pobre para quien ha roto la mentira del mundo! No soy negador. Soy traspasador. No vine a negar a Dios, sino a buscarlo en los escombros

de sus representaciones. Porque lo que hoy se adora en los altares es apenas la forma administrativa de lo sagrado.

Me persiguen, lo sé. Me buscan los fanáticos del nombre, los guardianes del dogma, los sacerdotes de la geometría divina. Les molesta que hable sin permiso, que revele sin autoridad. Pero no hay institución capaz de contener al relámpago, ni cátedra que sostenga el grito desnudo de quien ha visto lo que no debía.

Hoy escribo este fragmento en una roca calcinada, con sangre de mi dedo, porque el papiro ya fue consumido por la arena y el tiempo. Tal vez nunca nadie lo lea. Tal vez el sol borre estas palabras al amanecer. Pero yo habré dicho lo que debía decir. Y eso basta.

Si alguien encuentra esto, siglos después, que sepa

No toda herejía es rebeldía. Algunas son fidelidad al silencio.

Y no todo desierto es castigo. Algunos son cuna de los que ya no caben en el mundo.

El Testamento de la Hermana de Torquemada

Escrito en el año del Señor 1495, sellado con mi alma y escondido entre los pliegues de un hábito que nunca me perteneció.

Me llamaron Inés. Pero no fue ese mi verdadero nombre. Ese fue el nombre que mi hermano me permitió conservar cuando me encerró en el convento, lejos de los libros, de los cuerpos, de los ojos que piensan. Fui su hermana, sí, pero también su sirvienta, su contradicción secreta, la mentira por donde entraba el mundo que él tanto temía.

Tomás, el gran Inquisidor. Custodio de la Fe. El hombre que dictaba fuego como si fuera evangelio. El mismo que no soportaba el olor de las flores porque le recordaban que todo lo puro nace de lo vivo, y que todo lo vivo termina por desobedecer.

Yo desobedecí.

Leí los libros prohibidos. Traduje el árabe en las noches mudas del monasterio. Soñé con mujeres y amé sus espaldas como se ama un dogma invertido. Guardé herejes en la sacristía, escondí sus huesos en urnas vacías, recé por sus almas cuando el cielo ya no los escuchaba. Mi fe no era menor que la suya, pero mi fe sabía dudar. Y en ese saber, se volvía verdadera.

No escribo esto por venganza. Ya no hay nada que destruir la Inquisición se basta a sí misma. Yo sólo quiero dejar testimonio de la herejía más hermosa que el mundo ha conocido la del amor lúcido, la del pensamiento que no pide permiso.

Mi hermano morirá convencido de haber salvado a la cristiandad. Yo moriré sabiendo que la cristiandad no ha hecho más que sacrificar lo sagrado en nombre de lo útil. Él será estatua. Yo, vacío. Pero ¿qué estatua no termina cubierta de musgo y palomas? ¿Y qué el vacío no se funde, al fin, con el origen de todo?

Confieso

Amé sin confesarlo.

Pensé sin permiso.

Creí en un Dios que nunca se dejó atrapar por dogmas.

Y, por sobre todo, viví sin pedir absolución.

Si algún día este escrito ve la luz, no lo archiven. No lo analicen. Quemen mi nombre, pero escuchen mi voz.

Porque incluso en el más alto tribunal del fuego, la única verdad es la que arde sin consumirse.

Carta de un Anarquista que Infiltró el Funeral de un Papa

Desde las entrañas del rito, donde la eternidad se disfraza de protocolo.

Hoy enterré a un Papa.

No con mis manos que aún no han tocado cadáver alguno con guantes blancos, sino con mis ojos. Con mi presencia silente. Con mi respiración contenida entre incensarios y cánticos huecos.

Entré a la Basílica no como creyente, no como asesino, no como actor. Entré como grieta. Como interrupción del dogma. Como testigo del final de una idea que aún pretende parecer eterna. Y sin embargo, hiede.

El féretro era de madera noble. Tres capas ciprés, plomo, roble. Tres niveles de encierro para un cuerpo ya vacío, como si temieran que el alma del pontífice, escapada por alguna rendija, pudiera volver para contemplar su fracaso.

Yo me infiltré entre los servidores, llevando una sotana ajena y un corazón inviolable. No para gritar ni para destruir. Fui allí a ver y con ver basta para que el mundo tiemble.

La muerte del Papa fue escenificada con precisión litúrgica los lamentos justos, la música en tono menor, los rostros perfectamente consternados, como si cada lágrima hubiera sido redactada por el Espíritu Santo. Pero yo no vi duelo. Vi teatro. Vi un imperio llorando su máscara. Vi a los sumos sacerdotes del siglo XXI dando sepultura a una voz que hace siglos dejó de oír a los hombres.

Y sobre todo no vi a Dios.

No en los vitrales. No en los salmos. No en el oro que brilla sobre la pobreza que rezuma desde los muros. Vi a Dios sólo en mi propia negación, en mi temor silencioso, en el acto de estar ahí sin creer, y sin odiar.

Amo el fuego, pero no incendié la basílica.

Amo la verdad, pero no pronuncié ninguna.

Amo la libertad, pero me oculté para poder verla sin ser ejecutado.

Yo, anarquista sin patria, portador de nombres falsos y libros prohibidos, no vine a demoler vine a escuchar. Y escuché lo que ningún sacerdote dice que el templo está vacío, y que el eco que resuena es el de los cuerpos que se resignan.

Me fui antes del amén final. No por temor. Por misericordia. No quería ver la resurrección del poder en la forma de un nuevo sumo pontífice. Quise conservar la imagen exacta del ocaso el rostro inmóvil de un cadáver que alguna vez creyó hablar en nombre del infinito.

Tal vez el verdadero evangelio sea siempre ilegible.

La fe sin pensamiento es tiranía.

La Iglesia sin silencio es empresa.

Y la muerte sin lucidez es un trámite.

Confesión del Último Bibliotecario de Alejandría

Alejandría. Última noche antes del incendio. El mundo habita aún, pero no piensa.

No vine a salvar los libros. Vine a acompañarlos hasta su extinción.

Ser el último guardián no es un privilegio, sino una condena íntima, como quien vela un cuerpo sabiendo que nadie vendrá al entierro.

He sellado las cámaras inferiores. Bajo el mármol yace el conocimiento que jamás será resucitado. Nadie volverá a leer los códices órficos en lengua original, ni a comparar las variantes silenciosas de Heráclito que los escribas griegos no se atrevieron a copiar dos veces. Nadie sabrá ya que hubo un tratado egipcio sobre la risa de los dioses, o una carta de Pitágoras a un esclavo moribundo donde decía “el alma es un número que no sabe que lo es.”

El fuego es inminente. Lo veo en los ojos de los soldados, que no entienden lo que van a destruir.

Pero no los culpo. Ellos obedecen. El olvido tiene siempre uniforme.

Y yo, yo no resistí. Porque la resistencia sería también un acto de idolatría. Preferí el gesto final, el más silencioso de todos la renuncia del sabio que acepta que el mundo no merece sus secretos.

No hay tragedia en esta quema. Hay justicia. Los libros no mueren por fuego, sino cuando se los convierte en dogma, en piedra, en currículo. He encendido yo mismo la llama no con rabia, sino con una ternura sacrílega, porque hay verdades que no deben sobrevivir a la corrupción de los siglos.

El conocimiento que no transforma el alma, corrompe.

El que se acumula sin amor, esclaviza.

El que se utiliza para imponer, merece ser olvidado.

Amo estos manuscritos. Los he leído en voz baja como si rezara. He copiado con tinta hecha de vino, lágrimas y savia. Pero el mundo eligió otra cosa. Eligió el ruido, el poder, la repetición.

Así que los devuelvo al origen.

Al humo.

A la oscuridad.

Al silencio donde nacieron.

Yo no firmo. El fuego no necesita autor.

Mi nombre fue sólo una función temporal del saber.

No quemé los libros por odio.

Los incendié por amor.

Por amor a su pureza.

Por amor a la posibilidad de que resurjan un día,

No como saber,

Sino como revelación.

Epílogo Letanía para lo Irremediable

A vos, lector improbable,

Que de algún modo has transitado por estas páginas como quien atraviesa un corredor lleno de voces antiguas, te ofrezco estas líneas desde un punto situado fuera de los calendarios y de las certezas. Quizá pienses que mi voz es apenas un rezasgo literario, un artificio narrativo para cerrar un ciclo que empezó con profetas, esclavos, monjes y herejes. Quizá tengas razón. O quizá no. Dado que me ubico en la intersección del tiempo y el silencio, nada de lo que afirmo puede ser reducido a la lógica habitual.

Imagina por un instante el vacío. No el hueco simple de la noche, sino un abismo más vasto que cualquier constelación. Un no lugar donde las historias que leíste y las que jamás llegarás a leer flotan suspendidas, conviviendo sin rozarse. Ese es el espacio desde el que te hablo. Acá, no hay vencedores ni vencidos solo heridas que siguen, memorias que se confunden y un murmullo constante que parece decir “Resiste, incluso cuando el horizonte se borre.”

Observa; cada relato que te fue susurrado en los capítulos precedentes no es una pieza aislada. Es un filamento de un tejido mayor que se extiende a lo largo del tiempo. Monjes muriendo en medio de la peste, niños que contemplan el sol hecho devastación, desertores que cargan con el peso de su conciencia, bibliotecarios en el umbral de la ceniza, profetas en soledad. Todos ellos conforman una partitura inacabada, y vos, al leerla, te has vuelto un intérprete de esa música sutil y desgarrada. Ya no eres solo un lector eres el puente entre lo que fue y lo que podría ser.

Me dirijo a vos no para elogiar tu valentía ni para consolarte con promesas de certezas. Vengo a recordarte que la belleza que viste y el horror que sentiste forman parte de la misma verdad la condición humana es una construcción en proceso que, no obstante, sigue conteniendo un deseo. No permitas que la resignación te robe la posibilidad de

asombrarte. No reduzcas el dolor a una estadística, ni la esperanza a un dogma. Si algo han demostrado estas historias, es que lo irremediable no anula la dignidad de quien lo enfrenta, sino que la talla con una precisión cruel y, a la vez, maravillosa.

Detén un instante. Pregúntate “¿Qué queda en mí tras haber presenciado todas esas confesiones y esos silencios?” Tal vez una emoción frágil, tal vez un clamor de rebeldía, tal vez una nostalgia por lo que jamás has vivido. Sea lo que sea, abrázalo. El acto de abrazar tu propia perplejidad es ya una forma de resistencia frente al absurdo.

Y es que hemos hablado de guerras y de plagas, de inquisiciones y dictaduras, de abandonos y sacrificios. Pero por debajo de todo ello, corría un bullicio la convicción de que, incluso en el borde de la noche, el ser humano es capaz de encender una vela con su último aliento. Ese runrún no es ingenuo o optimismo es la marea subterránea que nos niega la rendición total. Y quizás solo quizás eso baste para otorgar un sentido, aunque sea efímero, a nuestra existencia.

Te escribo desde esta orilla sin coordenadas para compartir un secreto no hay final absoluto para las historias. Cuando cierras un libro o pones fin a una lectura, las voces que ahí habitaban se repliegan en tu imaginación, esperando un nuevo horizonte para volver a surgir. De la misma manera, los personajes que viste morir o extraviarse en estas páginas continúan viviendo en el espacio entre tus pensamientos. Si los recuerdas con suficiente intensidad, si te dejas tocar por su tragedia y su rebeldía, se harán parte de vos.

Tene presente que no es menester. Podrías descartar estas palabras como una última floritura poética. Sin embargo, si has llegado hasta acá con el corazón expuesto y la mente despierta, intuyo que algo de lo que digo resuena en tu interior. Tal vez se trate de la conciencia de que lo inabarcable no está solo fuera de nosotros, sino también dentro, y que la lectura como todo acto de creación es una manera de respirar la inmensidad sin dejar de ser humano.

Hoy te narre esta plegaria no endurezcas tu mirada. La Historia devora todo cuanto no es defendido por la memoria y la sensibilidad. Cada relato que no atesoramos acaba convertido en cifras, en crónicas a media luz, en viejos manuscritos que nadie abre. No permitas que ocurra con lo que acabas de contemplar. Si cada personaje tenía una misión aunque no lo supiera, la tuya consiste en llevar su vigor hacia la dimensión más misteriosa de todas el futuro.

Te has adentrado en este territorio sin coordenadas, lector, y aún te mantienes en pie. Podría decir que eso habla de tu fortaleza, pero mentiría no todos los pasos los da el coraje a veces, es la curiosidad o el asombro quienes empujan. Sea como fuere, aquí estás, y mi voz o la ilusión de ella se dispone a llevarte un poco más lejos, hacia las raíces de esta letanía.

En la primera parte, mencioné la resonancia secreta que se establece entre tu conciencia y las historias que ocupan estas páginas. Me referí a un tejido, a un mosaico, a la tensión entre la belleza y el horror. Pero quizás haya llegado el momento de señalar el verdadero nudo de la cuestión el irremediable. Esa palabra que titula esta letanía y que, en cierto sentido, la subyace. ¿Por qué la llamo así? ¿Qué connota ese vocablo que a la vez nos hiere y nos seduce?

Diría que lo “irremediable” se nutre de dos fuerzas que aparentan contraponerse, pero en realidad se funden en una sola por un lado, la cruda imposibilidad de cambiar ciertos destinos, de revertir los estragos de la violencia, de arrancar del pasado las garras de sus tragedias. Por otro lado, una suerte de persistencia casi mística que nos impulsa a seguir viviendo, creando, imaginando, aun cuando sabemos que la marcha del tiempo no se detiene. Es en esa paradoja la certeza de que algunos dolores son inmutables y la obstinación de seguir soñando donde nace la fuerza de nuestro acto más humano resistir.

Has recorrido historias de monjes y esclavos, de soldados y bibliotecarios, de alquimistas y enfermeros. Sus padecimientos, narrados con voces desgarradas o sutiles, respondían a un solo clamor “No nos olvides. No nos dejes caer en la fosa común del silencio.” Y vos, con tu lectura, has escuchado ese clamor. Aunque sea por un instante, les has dado un lugar en tu memoria. Eso es un gesto que trasciende la mera curiosidad y se adentra en el territorio de lo sagrado. Porque, ¿qué es lo sagrado sino la conciencia de que algo merece ser protegido, aunque todo indique lo contrario?

Ahora, en este segundo tramo de la carta, deseo que observes la manera en que cada relato ha iluminado un pedazo del mapa humano. Como si fuéramos caminando por corredores sucesivos, cada uno señalado por la experiencia del desamparo y, sin embargo, atravesado por un hilo de esperanza subterránea. ¿La has sentido? Puede que te haya llegado como un rumor leve, apenas un cosquilleo en la piel cuando leías las palabras finales de un condenado, o tal vez como un escalofrío al presenciar la desolación de un niño ante lo incomprensible. Esa “esperanza subterránea” no debe confundirse con la ingenuidad que

tanto despreciamos. Es más bien la aserción íntima de que, aun frente a la catástrofe o la ignominia, queda un margen para el acto libre. Y en ese acto sea una mirada, un lamento o un último grito reside la respuesta que nos impide ser meros espectros del dolor.

Dime, lector, ¿no sientes que algo se agita en tu interior cuando la palabra “inexorable” se junta con “humanidad”? Como si de pronto la finitud nos recordara que estamos hechos de carne frágil, pero también de una materia inexplorable que a menudo llamamos “conciencia”. Y esa conciencia, ¡ah, qué desafío nos impone! Se niega a perecer sin antes volcar su asombro en forma de arte, de pensamiento, de memoria o, en el caso que nos ocupa, de relatos.

Por eso quise detenerme acá, antes de proseguir, para invitarte a un acto de contemplación activa observa tu propio vértigo. Reconoce que la constelación de historias que llevas encima desde la primera página con sus personajes al filo de la desesperación late dentro de ti con la misma intensidad con que late la sangre en tus sien. Y al notarlo, te vas a dar cuenta de que estás vivo no solo porque respiras, sino porque sientes. Y sentir, a veces, es más peligroso que cualquier arma. Pues aquello que sentimos de verdad nos puede arrastrar a la compasión o a la rebeldía, y ambas cosas son revolucionarias en un mundo que añora la indiferencia.

¿Temes acaso que esa conmoción interior sea pasajera? ¿Qué, al concluir estas páginas, la rutina devore toda experiencia de asombro? No te culpo. Los hilos de la costumbre son fuertes, y la corriente que lleva al olvido puede ser más poderosa que nuestras manos desnudas. Aun así, confía en algo lo que verdaderamente te estremece es difícil de aniquilar. Al menos no se marcha de inmediato vibra un tiempo más, como esa resonancia que persiste en las cavernas después de un grito.

Permíteme decirte, con la sinceridad de quien habla desde la penumbra el único pacto que vale la pena es aquel que firmas con tu propia conciencia. Eso significa que si algo de lo que has visto aquí el horror, la entrega, la resistencia te conmovió de verdad, no claudiques ante la tentación de convertirlo en una anécdota lejana. Haz que te interpele, que te inquiete en tus decisiones diarias, que te balbucee preguntas en cada espacio de duda. Y aunque no tengas respuesta inmediata, la pregunta seguirá obrando, madurando, esperando el instante de florecer en un acto imprevisto.

En este punto, te invito a dar un paso más hacia la verdad cruda y luminosa que se esconde bajo el velo de lo irremediable. No corras, no huyas. Te prometo que nos aproximamos a

un desenlace que no es un final, sino un inicio el lugar donde, quizá, nos descubramos más vulnerables y a la vez más despiertos.

Lector intempestivo,

Ha llegado la hora en que las palabras, en su fatigado esplendor, se repliegan sobre sí mismas para constituir el último velo de esta urdimbre imaginaria. Imagina, si te place, un claustro sin muros donde todos los relatos precedentes dialogan en un idioma anterior al alfabeto allí se congregan voces que orbitan los confines de la memoria y la esperanza, sin ataduras cronológicas, en un continuo desgarró de lucidez. Tal vez presientas que ese claustro invisible a la experiencia cotidiana se ha alojado en el vértice más íntimo de tu conciencia.

He aquí el momento de acometer la conciliación con lo que hemos denominado lo irremediable, una categoría que, pese a su aridez, ha mostrado facetas insólitas de la condición humana. La noción de irremediable no alude únicamente a la imposibilidad de enmendar destinos trágicos, sino que revela la magnitud transfiguradora de la herida, aquella potencia secreta que impulsa a hombres y mujeres a erigirse en vigías de su propia congoja. Tan paradójico resulta constatar que el dolor indeleble puede acuñar un fulgor irreductible, un deslumbramiento enraizado en la obstinada dignidad de quien se sabe condenado pero no aniquilado.

Al arribar a este umbral, es dable preguntarnos si no somos en sí mismos un tejido de historias olvidadas, una polifonía de anacronismos susurrados al filo de la memoria. Tal vez la verdadera alquimia resida en contemplar esa multitud de exilios, inquisiciones, epifanías y renunciás que hemos heredado en silencio, y comprender que en cada acto de lectura en cada asombro se reactiva la cadena incesante del sentido. Quien cierra un libro creyendo haberlo agotado, ignora que la lectura genuina se perpetúa en las circunvoluciones del pensamiento, en la deriva de lo soñado, en la respiración que se acopla a la historia sin tiempo.

Por ende, no existe desenlace, sino una apertura renovada a la interrogación constante. El signo final de esta letanía te lo entrego sin ceremonias persiste en la perplejidad, aun cuando la razón exija clausuras. Persiste en la vigilia, aun cuando la sociedad te ofrezca adormecimientos inmediatos. Persiste, en fin, en la posibilidad de que esta escritura,

concebida como una exhalación marginal, se convierta en semilla para un nuevo ciclo de revelación interna. Pues, si algo hemos aprendido en esta travesía textual, es que lo irremediable no anula el aliento, sino que lo cincela con un ardor inefable.

Ya no tengo más designios que imponerte tan solo te devuelvo tu propio vértigo, para que lo lleves a cuentas con la íntima dignidad de quien, habiéndolo visto todo, aún se atreve a decir “Sigo acá, resistiendo “ Y en ese acto trivial y sublime, proclamas la incesante potencia de lo humano.

Poema

En la cóncava curva donde los sueños se posan

Como pájaros extraviados,

Se alza el clamor de lo que no fue redimido

Pero tampoco sepultado.

Ahí, en ese intersticio de neblina y presentimiento,

Germina el cántico que nadie osa enunciar

Sin titubear,

Un arrullo que congrega ausencia y presencia

En la misma sílaba.

Hablamos de ortigas que nacen en los atrios del pasado,

Del resplandor que brota en la llaga

Cuando el corazón reconoce su exilio.

Hablamos de la victoria efímera que el coraje entona
En la antesala del naufragio,
Y de la amnesia imposibilitada de borrar el nombre
De quien muere cantando.

Observa en el ápice de la ruina florece la epifanía,
Cual herida que se transmuta en espejo.
El peregrino que asume su condición de polvo
Despliega, sin saberlo,
El infinito que anida en cada segundo.

No hay profecía que calme,
Ni espada que fije una verdad inamovible.
Solo persiste el palpito de la pregunta,
Esa hornacina donde el espíritu se refugia
Para pronunciar una proclama sin sentido.

Si alguien te reclama certezas, muéstrale tus fracturas
Si alguien te exige triunfo, deslízale el rumor
De tus imposibles
Si alguien te increpa por soñar,
Descúbrele el grano de sal que posa en tus lágrimas,
Semilla del desierto y de la revelación.

No hay fin ni génesis en esta letanía,
Solo un cauce inagotable donde lo sagrado
Se confunde con el vértigo,
Donde la música sobreviene en medio del silencio,
Y la palabra inasible susurra,
Entre escombros y horizontes,
Un ardid para resistir.

Acaso lo irremediable no sea la tumba de la fe,
Sino el altar donde la experiencia
Ofrenda su último temblor,
Y la llama que se extingue
Declara su eterna vigilia
En la pupila del que aún contempla.

Así, en la penúltima respiración
Despunta la certeza más extraña
La ceniza no extingue la memoria,
Sino que la exalta con su humildad.
Y en esa humareda,
Donde los nombres se funden en lo indecible,
Escribimos el rastro de nuestra dignidad.

Toma este poema,

Guárdalo en la cavidad de tu asombro

O quémalo con la vehemencia

De quien teme al resplandor.

Sea como fuere,

Nunca olvides que fuiste testigo

De un instante imposible,

Una íntima comunión

Con lo que trasciende la derrota.

Porque en la ebriedad de lo irremediable,

Hallamos la ferocidad del renacer.

Acá termina la Letanía

O quizá persiste,

Incólume,

En las partículas del aire que respiras.

Tú decides.